

Personajes / El lado menos conocido de la historia

La familia mendocina del Che

Su abuelo nació en Mendoza y fue a Buenos Aires a estudiar ingeniería. Allí, conoció a la que luego fue su esposa y no volvió. Pero acá quedó el resto de la familia Guevara. Ernesto vino a la provincia en un viaje de su juventud.

Por Gisela Manoni Fotos: Gentileza

De la niñez y juventud del Che Guevara, se sabe que se le diagnosticó asma cuando tenía dos años y que, a causa de ello, tuvo que estudiar parte de la primaria en su casa y la tradicional familia porteña Guevara Lynch, mudarse por un tiempo a las sierras de Córdoba, en Alta Gracia. En sus escritos, Mendoza sólo aparece como una de las provincias que visitó en su primer viaje, cuando a los 22 años se aventuró por el país en una bicicleta con motor.

Lo que los historiadores desconocen es que aquella vez Ernesto se detuvo en una casa de la calle San Martín al 547 y fue para saludar a su tío Juan Ramón. Sucede que la familia Guevara tiene origen mendocino. Su abuelo Roberto se fue a Buenos Aires para estudiar ingeniería y formó allí su clan. Pero en Mendoza quedaron sus hermanos y hoy suman más de 25 los primos segundos del líder revolucionario.

"Mi papá lo recordaba con cariño, decía que era un joven inteligente e idealista", cuenta Elena Guevara, hija de Juan Ramón. El hombre se encontró otra vez más con su sobrino en Colombia. Participaba de un congreso de Sociología, cuando le dijeron que un familiar suyo se había enterado de su presencia y quería verlo. Era Ernesto.

Por lo demás, no hay datos de que el Che se haya vuelto a contactar con sus parientes mendocinos ni que volviera a pisar la provincia. A los 23 años, cuando emprende un nuevo viaje -esta vez por Sudamérica- junto su amigo Alberto Granado, elige Neuquén para cruzar a Chile.



Al centro, Chonita, bisabuela del Che. A la izquierda y sentado, Roberto el abuelo de Che. A la derecha, Ramón (sentado) y Gregorio (de pie), los dos hijos de Juan Antonio que se quedaron en Mendoza.

Esta travesía de 1952 es la que Walter Salles llevó al cine con Diarios de motocicleta y que, desde el jueves pasado, se encuentra en cartelera en las salas locales (ver aparte).

Lazos de sangre

Los primeros Guevara llegaron a Mendoza -vía Chile- a fines del siglo XVI y el apellido original de las montañas de Burgos (España) era Ladrón de Guevara.

Fueron familias prolíficas, propietarias de extensas tierras y con fuerte participación política en el Cabildo de Mendoza, como corregidores y alcaldes.

En 1795, se casan Rosendo Guevara y Jacoba Calderón y tienen once hijos, entre ellos a Juan Antonio. Se podría aventurar que el Che heredó de este hombre su espíritu viajero. Era su bisabuelo. En 1849, Juan Antonio se embarca, con unos amigos, en una

travesía hacia California en busca de oro. Por una serie de incidentes, terminan alojados en una estancia de San Diego, de don Carlos Castro y una heredera del virey Peralta. Finalmente termina casado con su hija, Concepción (Chonita) Castro.

Después de estar un tiempo en México, la pareja regresa a Mendoza. Vivían en una solariega casona de Mitre y Gutiérrez y enviaron a estudiar a sus

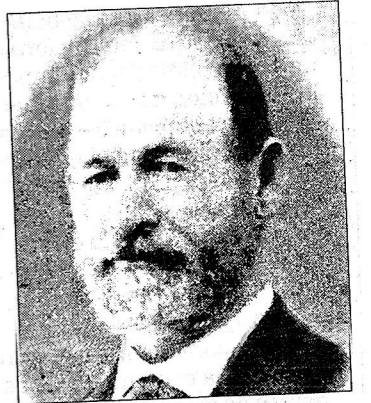
ARBOL GENEALÓGICO

El clan Guevara

Juan Antonio Guevara y Concepción (Chonita) Castro. Sus hijos fueron Roberto, Alberto, Guillermo, Ramón, Gregorio, Juan Antonio.

Roberto. Se fue a estudiar a Buenos Aires y se casó con una mujer de apellido Lynch y tuvo, entre otros hijos, a Ernesto Guevara Lynch, padre del Che Guevara.

Ramón y Gregorio. Se quedaron en Mendoza. Los primos mendocinos del Che son: Guevara Tisera (Raúl, Edith), Guevara Gómez (Osvaldo, Amalia), Guevara Alcalde (Ernesto y Estela), Guevara Anzorrena (Beatriz, Rafael, Elena, Cecilia, M. Angela, Juanita), Anzorrena Guevara (Pedro, Alicia, María Rosmida, Eugenia), De La Rosa Guevara (Marta, Delia, Milta, Beatriz),



Juan Antonio Guevara.

Guevara Lucero (Carlos Noé), Guevara Vicente (Armando y Alicia en Rosario), Guevara Cipolletti (Magdalena, Edgardo) y Guevara Marchiori (Estela)

hijos a Buenos Aires. A Roberto (su abuelo) lo atrajeron los aires porteños y se casó con la hija de los apoderados Lynch. En la familia abundan los Ernesto, pero no ocurre lo mismo con la vocación de médico del Che, la mayoría son ingenieros. Su abuelo Roberto lo era y trabajaba en la venta de tierras con la ayuda de su hermano Ramón, desde Mendoza. Las distancias hicieron que los vínculos fueran menguando.

Eso sí, la política parece haber despertado siempre un especial interés en los Guevara, sólo que a nivel local tomó carriles muy distintos a los del familiar más famoso. En Mendoza, una rama de los Guevara militó fuertemente en el Partido Demócrata y la otra simpatizaba con el radicalismo, como los de Buenos Aires.

Su familia local está diseminada por Capital, Ingeniero Gagnoni y San Rafael. Y todos prefieren no interiorizar en las cuestiones ideológicas, sólo recuerdan el dolor que les causó cuando se enteraron a través de la prensa, como todos que había sido asesinado en Bolivia. En el ámbito familiar, lo recuerdan como el niño pelirrojo que una de las primas conoció cuando veraneaba en Mar del Plata, mucho antes de que se convirtiera en leyenda. De todos modos, no pueden evitar marcar las coincidencias de algunos de sus hijos con las facciones del rostro del Che.

La investigadora y autora del libro "La guerrilla del Che en Bolivia", María del Carmen Garcés, admitió desconocer los orígenes locales. "Excepto por su madre, la familia tuvo poca incidencia en su política revolucionaria", explica la escritora, quien destacó las diferencias ideológicas que el Che mantenía con su familia, a las que refería constantemente en sus cartas. Para Garcés, su militancia nació de un sólido bagaje cultural y un profundo conocimiento de la realidad latinoamericana. A los 17 años, ya había leído muchos libros y diseñado un diccionario con términos filosóficos.

Un viaje a la realidad

"Ya no soy yo, al menos no soy el mismo", dice Gael García al final del film, repitiendo las reflexiones que Ernesto Guevara hacía sobre su viaje por Sudamérica. Junto a su amigo Granado (en la piel de Rodrigo de la Serna) y la Poderosa II (moto del bioquímico) se lanzan a indagar en la realidad sudamericana.

El film muestra la transformación interior que va sufriendo el Che al contactarse con la explotación en una mina de Chuquiaguata (Chile), los antepasados indígenas en el Machu Pichu y el dolor de la marginación en un leprosario de San Pablo (Perú), donde trabajó y cumplió sus 24 años en 1952.

El guión se basa en el libro Notas de Viaje de Guevara y en el diario de Granados, Con el Che por Sudamérica. Paradójicamente, algunos parajes de la montaña mendocina fueron elegidos en la filmación para emular sitios de Bolivia.

"Estas experiencias no son tan conocidas como su militancia, pero interesan porque constituyen su etapa de formación, que junto a su profunda inclinación hacia el pensamiento filosófico fueron desencadenantes", explica la historiadora María del Carmen Garcés.

El Che realizó tres viajes en su juventud, de los 22 a los 26 años. El primero fue solo en su bicicleta y recorrió 12 provincias argentinas (incluida Mendoza). El segundo, es en el que se inspiró Salles y el tercero fue otra vuelta por América Latina, pero esta vez fuertemente comprometido con la política y la liberación de los sitios por los cuales pasaba.

ALBERTO GRANADO, AMIGO DE ERNESTO GUEVARA

"En la película me parece verme"

Si Alberto Granado siempre tuvo el espíritu alegre y la verbosidad que muestra hoy, a los 80 años, habría que pensar que, allá por 1952, cuando junto a un joven Ernesto Guevara encaró el viaje por América Latina que hoy se transformó en el film "Diarios de motocicleta" (que en Mendoza se estrenó el jueves), el tipo era directamente una bola de energía. Si al asmático Guevara le solía faltar el aire, a Granado le sobraba, y lo expulsaba (y lo expulsa) con vitalidad envidiable.

Simpático, entrador, mezcla explosiva de cordobés y cubano, Granado estuvo en Cannes presentando el film de Walter Salles en el que Rodrigo de la Serna lo interpreta, junto con Gael García Bernal en el papel del futuro Che. Dejando de lado el fanatismo femenino por Gael, Granado fue el más convocante del equipo: todos querían acercarse a él, saludarlo, reírse con sus chistes y apreciar a quien, después de ver la película, daba la impresión de ser una leyenda viviente.

En un jardín del coqueto hotel en el que se hospedó, a metros de la Croisette, Granado se reía de la situación. Y remataba cada respuesta con una humorada.

Supo reconocer, sí, que entre los viajes que hizo en su juventud (fue él quien impulsó al Che a viajar, y quien lo eligió de compañero) y los últimos, hay varias diferencias: "Siempre fui un viajero pobre, de esos que se fijan cuánto vale el vino -dice-. Y ahora este lujo. Me atienden, hasta me llevan el desayuno a la cama. No forma parte de mi personalidad... pero no creas que no puedo adaptarme."

¿Cómo es ver su historia en la pantalla, más de 50 años después?

Emocionante. Es poca la gente que puede darse el gusto de, 50 años después, pasar por donde pasó, y saberse recordado. Es algo que nunca imaginé. Yo tengo el corazón tanguero y soy muy sensible a todas estas cosas.



Alberto Granado, a los 80, volvió a subirse a una moto.

¿Qué es lo que más le gusta?

Lo más lindo es que veo que Rodrigo, Walter y Gael han sabido captar lo que nosotros queríamos expresar cuando escribimos esos diarios en los años 50, sorprendidos por las diferencias entre lo que leíamos en los libros y lo que encontramos, por ejemplo, en las minas chilenas. Quisimos reflejar eso, y eso está en la película.

"Diarios de motocicleta" no cuenta cómo se inicia su relación con Guevara. ¿Cómo fue?

Lo conocí a través de dos aficiones antitéticas: el deporte y la literatura, dos cosas que se consideran antagónicas: se supone que el deportista es bruto y fuerte, y el intelectual culto y débil. Pero el asma suya y la poca prestación física mía hacía que no fuésemos fáciles de elegir para un equipo de rugby. Cuando lo conocí yo tenía 20 años y él 14, que es una diferencia enorme, y ya había leído tanto como yo. Te hablaba de Faulkner. Esas cosas nos unieron y pensé que iba a ser un gran compañero de viaje.

Estuvo presente en varias locaciones de rodaje. ¿Cómo fue volver a pasar por esos lugares?

-Sentí la emoción de volver,

Iquitos, donde se hizo el leprosario que es la parte final de la película. Ahí me encontré con un paciente que tenía 15 años cuando pasamos por ahí con Ernesto. Y se acordaba de nosotros, sobre todo porque yo le había quitado una banana y me la había comido.

¿Y cómo lo ve a Rodrigo de la Serna interpretándolo?

Hay momentos en los que me veo yo. La escena cuando escucho el discurso de Ernesto en el día de su cumpleaños, en el que habla de América Latina y yo pienso pero este pelado cómo ha ido creciendo... Ahí lo miro a Rodrigo y me parece verme a mí en esa situación. Igual me pasa cuando lo puto por meterse en el río. La situación real fue distinta, pero su vida corría riesgo. Era una locura. Sin embargo Ernesto era así, quería cruzar el Amazonas y yo no sabía cómo sacárselo de la cabeza. CC

ver algunas ciudades como Lautaro, en Chile, casi igualitas a como estaban entonces, mientras que otros lugares, como Temuco, están mucho más desarrollados. Estuve también en Santiago de Chile, en Lima, en